

—¡Cuán hermosa está esa estrella!—
Prorrumpió la dulce niña,
Que entregada á ideas vagas
Contemplándola venía.

Y él la dijo luego al punto:
—Es verdad..... siempre divina;—
Y clavó sus tiernos ojos
En los de ella distraída.

El misterio que esas voces
Y miradas envolvían,
No sé yo si desde luego
La inocente entendería.

Pero sí que desde entonces
Siempre está imaginativa,
Cuando ve cómo esa estrella
En el puro cielo brilla.

II.

Deleite causa en verano
Pasear la extensa ribera,
Cuando la aurora en la esfera
Tiende su manto fugaz.

Y ver las aguas lucientes
Que dan continuo en las peñas,
Cual las ideas risueñas
Del hombre en la eternidad.

Allí en la orilla las gotas,
Que el dolor trajo á la frente,
Seca el purísimo ambiente
Que se adormece en redor.

Y el pensamiento ya libre,
Trasciende mares y tierra,
Para abarcar cuanto encierra
En sí la humana mansión.

Al soplo airado del cielo
Mira ceder las naciones,
Indestructibles lecciones
Dejando en pos al pasar.

De las ciudades que fueron
Busca las débiles huellas,
Y encuentra impresas en ellas
De torpes vicios los pies;

Y en vez del blando murmullo
Que hace el mundano contento,
Se escucha sólo «¡Escarmiento!»
Entre las ruinas sonar.

De Europa altiva sorprende
La desmayada natura,
Que el arte en vano procura
Lozana y fértil tornar.

De cada pueblo á las puertas
Negro fantasma se eleva,
Que con sus lágrimas lleva
«¡Miseria!» escrito en la faz.

En desnudez el mendigo
Pasa las noches heladas,
De las soberbias moradas
Bajo el marmóreo dintel.

Y las migajas recoge
Del destrozado sustento
Que el cortesano opulento
Le echa tal vez con el pie.

¡Maldito el suelo en que el hombre
Así ante el hombre se postra,
Y sus desprecios arrostra
Porque se muere de afán!

¡Maldito el suelo que sólo
Brinda con taza de hieles,
Á esos desnudos tropeles
Que acosa el hambre ó la sed!

Llena de ingratas ideas
Se vuelve entonces la mente
Al virginal continente
Que vió Cristóbal Colón,

Y que al tornar, el encono
Del mar burlando y el viento,
Cual mujeril ornamento
Echó á los pies de Isabel.

De Dios la diestra invisible
Formó su espléndido cielo,
Y abrióla toda, y el suelo
De ricos dones sembró.

Bañan sus playas extensas
El mar Atlántico airado,
Y el que de gozo arrobado
Llegó Balboa á besar;

Cuando, la espada desnuda,
Las ondas cerca del pecho,
De su monarca en provecho
Tomó marcial posesión.

Montañas tiene soberbias,
De cuyo inmóvil asiento,
Se arrojan ríos sin cuento
Para perderse en la mar.

Y hay en sus llanos verdura
Que ansiosos pacen los brutos,
Y abundantísimos frutos
De regalado sabor.

¡Feliz mil veces el hombre
De quien la cóncava cuna,
Alumbra pálida luna
En tan lozana mansión!

¡Feliz! verá de la vida
Los demarcados momentos,
De agudas penas exentos,
En libre tierra correr.

Que si algún torpe tirano
De entre la turba se eleva,
Es ese tiempo de prueba
Para las almas templar.

Hasta que llega el instante
En que con manos de hielo
Le postra Dios en el suelo
Y dice airado: «No más.»

III.

EL OMBÚ.

(*Fragmento.*)

Venga la blanda guitarra,
Venga, bien mío, y cantemos;
Que ya el Oriente de rojo
Tiñen del sol los reflejos.

Venga, que en lomas y llanos
Rebrama el toro soberbio,
Y bajo altivos caballos
Retumba herido el potrero.

Naturaleza se anima,
Y con sus voces sin cuento
Alzar mil himnos parece
De gratitud al Eterno.

También sus alas veloces
Sacude ya el pensamiento
Cuanto en redor la circunda
Tocando al paso en su vuelo.

En el ombú solitario,
Que es de la loma ornamento,
Al fin detiéndose, en presa
Á siempre ingratos recuerdos.

Y de sus hojas marchitas,
Que mecen raudos los vientos,
Gotas de leve rocío
Mira caer en el suelo,

Cual se desprenden veloces,
Del desengaño al aliento,
Las ilusiones queridas
Que abriga el hombre en el pecho.

Bajo tu sombra apacible
Nacieron, árbol, mis sueños,
Como la niebla fugaces,
Como. (1)

Junto á tu tronco el gaúcho
Pasa las tardes de Enero
Viendo cruzar blancas nubes
Por el azul firmamento.

.....
.....

(1) Incompleto en el original del poeta.

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.